

destruir la religion entre vosotros. Es menester, sin duda, amar á los hermanos extraviados; pero para esto no hay necesidad de amnistiar el error, y suprimir por consideracion al mismo los derechos de la verdad.

Es muy necesario guardarse bien, añade el ilustre sucesor del gran Pio IX, es necesario guardarse bien de estar de manera alguna en connivencia con las opiniones falsas, ó combatir las más flojamente de lo que consiente la verdad (1).

CAPÍTULO II.

Segundo carácter de los semiliberales: Disminucion de las verdades y enflaquecimiento del sentido católico.

Artículo I.—Abundancia de las verdades, y desarrollo del sentido católico en los fieles debidamente instruidos.

I. Abundancia de las verdades.

650. Los fieles debidamente instruidos cuya educacion ha sido dirigida segun las reglas de la Iglesia, poseen *la abundancia de las verdades*. Conocen á Dios, á Jesucristo y á la Iglesia; están instruidos en los derechos de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia; y saben sus obligaciones para con Dios y el prójimo. Quizás ignoren, si no hubiere algo que segun su género de vida les obligare á conocerlo, la historia *profana*; pero conocen á fondo la historia sagrada, es decir, el fundamento de toda doctrina sobre el origen y destinos de la humanidad. Podrán estar poco instruidos en geografía, cálculo, física é historia natural; hasta podrán no tener letras; pero no se les pueden hacer preguntas sobre el fin

(1) Cavendum ne quis opinionibus falsis aut ullo modo conniveat aut mollius resistat quam veritas patiatur. (Encycl. *Immortale Dei*, 1 Nov. 1885).

del hombre y la regla de vida, sin que al momento den una respuesta precisa. No tienen incertidumbre alguna sobre los grandes problemas que más atormentaron á los antiguos filósofos. Su alma vive en el seno de una luz sin sombra, cuyas claridades se proyectan sobre todos los acontecimientos de la vida, públicos ó privados, y les permiten juzgarlos todos con la serena certidumbre de una ciencia divina.

651. Pero el fiel formado segun la disciplina de la Iglesia tiene sobre todo *el sentido de la verdad*, que el Concilio del Vaticano llama *sentido católico*. Este sentido católico consiste en una sobrenatural disposicion para discernir pronta y seguramente la verdad del error. Es una especie de gusto sobrenatural que lleva como espontáneamente al alma cristiana al alimento puro y saludable de la palabra de Dios, que hace que en ella se complazca y la saboree, y que al contrario sienta aversion al veneno de las opiniones vanas.

II. Desarrollo del sentido católico.

Entre todos los católicos del mundo, los fieles de la Iglesia madre y maestra poseen en alto grado el sentido católico. Bossuet decia: «Los Romanos tienen el oído delicado.» Se referia al clero romano, principalmente á los cardenales y al Papa. Pero ¿quién no se ha admirado, si ha tenido ocasion de vivir en Roma, de la exquisita delicadeza del sentido católico de los más humildes fieles, y hasta de las simples mujeres del pueblo? Se diria que este pueblo todo entero participa de la infalibilidad de su Pontífice, tan grande es, si así cabe decirlo, el instinto que tiene de la verdad.

Por más que esté más desarrollado y sea más universal en la ciudad romana, el sentido católico no deja de hallarse igual en todos los católicos cuya educacion fué profundamente cristiana, sobre todo si estuvo libre de las influencias pestilenciales de la herejía. Decid á ese sencillo lugareño: «Se quiere que los reyes, en el gobier-

no de sus Estados, no estén ya más sujetos al Papa, absolutamente como si católicos no fueran.» Vuestra proposición hará en sus oídos el mismo efecto que una nota falsa en los de un músico ejercitado. Decidle á una mujer que quizás no sepa leer: «Se quiere que el maestro no enseñe ya más el catecismo en la escuela, y que sólo lo enseñe el sacerdote en la iglesia.» Vuestras palabras sublevar su sentido católico. El rústico y la humilde lugareña quizás no puedan analizar la impresión que hicieron en su ánimo; pero para uno y otra esta impresión habrá sido penosa.

III. Observación.

652. El desarrollo del sentido católico no está siempre en relación con el de la inteligencia natural. ¡Cuántos grandes talentos, cuántos sabios ilustres, carecen por completo del sentido católico! Este mismo desarrollo no siempre corresponde al grado de conocimientos teológicos razonados: en la época del Concilio del Vaticano, ¡cuántos simples fieles penaban por la oposición que obispos llenos de ciencia hacían á la definición de la infalibilidad pontificia!

Artículo II.—Disminución de las verdades y enflaquecimiento del sentido católico en los semiliberales.

653. El Concilio del Vaticano señala la disminución de las verdades y el enflaquecimiento del sentido católico como principales caracteres de los semiliberales. *Bajo la influencia, dice, del racionalismo, ha sucedido por desgracia que en gran número de hijos de la Iglesia católica, las verdades han disminuido insensiblemente, y se ha embotado el sentido católico (1).*

I. Disminución de las verdades en los semiliberales.

654. En primer lugar los semiliberales dan con frecuencia el espectáculo de una triste ignorancia de las

(1) *De fide cath. Proem.*

verdades reveladas. Los dejais á veces asombrados proclamando en su presencia dogmas expresamente contenidos en el símbolo de los Apóstoles. Ignoran los hechos más notorios de la historia sagrada, aquellos que sabía antes cualquier niño de ocho años.

Tal semiliberal soltó en una conversación tres proposiciones condenadas por la Iglesia, tal otro siete ú ocho: ni uno ni otro lo sospechaban siquiera (1). Aquel semiliberal pasó todo el día hablando de religión; probablemente al examinar por la noche su conciencia daría gracias á Dios por haberle hecho la gracia de defender tan denodadamente la verdad católica; y sin embargo, repetidas veces incurrió en graves errores, y hasta en herejías.

Además, los misterios de la fe despiden muy poca luz para el semiracionalista. El misterio de la vida divina en la Trinidad, el de la restauración de todas las cosas por el Verbo hecho carne, el de la transformación de la decaída humanidad en Iglesia de los santificados, las divinas locuras de la cruz, los excesos del amor de Jesús en la Eucaristía; todos estos misterios cuya meditación fué el sustento de los Santos, y que todavía conmueven hondamente á todas las grandes almas católicas, ocupan poco sus pensamientos. Casi tanta luz encuentra en la lectura de Platon como en la de los escritores sagrados; á veces halla más gusto en recorrer las páginas de los poetas paganos que en estudiar las de los Padres de la Iglesia; y tanto le da cultivar la geometría ó la química como aplicarse á la divina teología.

(1) Estos rasgos si bien convienen á la totalidad de los semiliberales, no convienen quizás á tal ó cual clase de semiliberales. Aquí, en especial, deberíamos hacer una excepción en favor de muchos semiliberales de la escuela de Montalembert. La misma observación es aplicable á algunos otros párrafos de este artículo.

Lo que más le interesa en la Iglesia es la parte natural. Raras veces la celebra como la institución sobrenatural cuyo fin es levantar á los hombres hasta la vision intuitiva de Dios y la eterna bienaventuranza. Pero se le oye á menudo pedir gracia para ella en nombre de la civilización que le debe sus progresos, en nombre de la suavidad de las costumbres, de la edificación de las ciudades, del progreso de las artes, de las ciencias, de la industria y de la agricultura. Como si el Verbo de Dios no se hubiese encarnado ni hubiera muerto en cruz, sino para enseñar á los hombres las virtudes naturales, y proporcionarles el material bienestar. Como si el fin de la economía de la Redención, y el objeto primero á que deben tender todos los esfuerzos del hombre, no fuese la justicia sobrenatural, á la que se prometió todo lo demás por añadidura (1).

Estos semiliberales tan poco instruidos en las verdades de la fe, ó poco penetrados de ellas, reciben los Sacramentos de la Iglesia; quizás tienen sentimientos de devoción al Sagrado Corazón de Jesús y á la Santísima Virgen. Su piedad es buena y provechosa para la salvación de sus almas; pero como no se apoya en el dogma, es sentimental, superficial y precaria: hay todavía calor en su corazón; pero como hay poca luz en su mente, este calor es débil y se halla expuesto á desvanecerse.

II. Enflaquecimiento del sentido católico.

Pero el semiliberal es aún más pobre de *sentido católico*. Ante él aparecen la verdad y el error, se cruzan y se pelean: no sabe discernir lo verdadero de lo falso, admitir lo verdadero y desechar lo falso. Ni siquiera alcanza bien cuál sea la diferencia entre la verdad y el error; y se vería á menudo muy apurado para señalar alguna. Si se adhiere á la verdad, es más por hábito y por presuposición que por el sentimiento vivo de su luz.

(1) Matth. vi, 33.

Por esto, cuando aparece algun error, fácilmente se le pega algo. «Pero este error, le decís, contradice directamente á verdades que profesáis;» no lo sospechaba siquiera. El espíritu de los semiliberales es imágen fiel de su siglo: fuera, andan verdad y error mezclados por doquiera; en su interior, reina la misma confusión. Su entendimiento se parece á aquellos estómagos enfermos que ya carecen de fuerza para separar las partes sanas de los alimentos, de las partes inútiles y nocivas, y que, admitiendo indistintamente unas y otras en la economía del cuerpo, ocasionan la formación de humores malsanos y las enfermedades que les son consiguientes. A veces el semiliberal se pone á temblar temiendo que á la Iglesia la convenzan de estar en el error, que se reconozca que es falso el Evangelio, y que argumentos que no son conocidos den la razón al error contra la verdad. Habiendo perdido en tanto grado el sentido de lo verdadero, ¿puede dejar de aceptar á menudo el error con la misma facilidad que la verdad?

636. De esta disminución de las verdades, de este enflaquecimiento del sentido católico, resultan algunos otros caracteres generales que debemos señalar.

III. Otros caracteres generales resultantes de los primeros.

1.º El semiliberal *ya no tiene horror al pecado de herejía*. La herejía para él no es ya un crimen, es una falta leve. Se le escandaliza al decirle que la herejía es mayor crimen que el adulterio, y que los periodistas que trabajan por destruir la fe en las almas son más culpables que los bandidos que secuestran ó asesinan á los viandantes en las carreteras.

2.º La mayor parte de los semiliberales *son bastante indiferentes acerca del dogma*. Algunos, sin embargo, se apasionaron por las especulaciones de los misterios cristianos; otros alteraron los datos de la fe: hablaremos de ello más tarde. Empero, lo repetimos, la mayor parte se muestran indiferentes acerca de las verdades

dogmáticas: son á sus ojos, especulaciones demasiado elevadas; dicen que «prefieren las verdades prácticas.» La moral cristiana recibe á menudo sus elogios: «Con la santidad de la moral evangélica mejor que con otra cosa probó su mision Jesucristo; ésta es la que sobre todo deben predicar con frecuencia los sacerdotes. Cuanto al dogma, es demasiado superior á la razon para producir fruto en la mente.» A veces se maravillan de que los Padres de la Iglesia pasaran tantas vigiliass y emplearan tantos años en aclarar nociones puramente especulativas, ó hasta en precisar el sentido de una sola palabra. Se pasman de que, en el decurso de los siglos, católicos y herejes miraran y remiraran por todas sus caras todos los puntos del símbolo, mostraran tal ardor de discusion por «cuestiones abstractas,» y hasta se empeñaran en luchas sangrientas por una expresion. Sin duda que no se rien con Voltaire de ver á los católicos y á los semiarrianos luchar entre sí por una jota (1). Pero no pueden menos de deplorar que grandes genios gastaran el tiempo en aquellas cuestiones «sutiles y casi ociosas,» que los obispos más santos se preocuparan tanto por controversias dogmáticas, y que los católicos sostuvieran con tanta tenacidad y calor debates que versaban sobre doctrinas completamente especulativas.

Cuando oyen á los Padres y á los Concilios atacar con tanta vehemencia á los herejes, cuando ven á los obispos estremecerse de indignacion, taparse los oídos y encolerizarse á veces al oír pronunciar una sola palabra contraria á la fe, no pueden menos de sonreír de compasion: «¿A qué viene tanto acalorarse por cuestiones

(1) Los católicos sostenian, segun la fe cristiana, que el Verbo es consustancial al Padre, ὁμοούσιος; los semiarrianos pretendian que sólo le era semejante en sustancia ὁμοιούσιος. Las dos expresiones se diferenciaban en una jota.

especulativas y abstractas?» La fe se ha debilitado en estos cristianos: para los verdaderos católicos el dogma va delante de todo; para los semiliberales viene después de todo lo demás.

3.º Tambien el semiliberal *se turba fácilmente con las declamaciones de los racionalistas*. No teme decir que halla fuertes sus objeciones. Sin embargo, añade, quiere seguir creyendo: se diria que hace una gracia á Jesucristo no abandonándole. Sigue creyendo más por costumbre ó por cierta disposicion sentimental, que por aquella viva fe que hacia decir á San Pedro: «¿A quién iremos, Señor? Vos teneis palabras de vida eterna (1).»

4.º El semiliberal se siente inclinado á *restringir el campo de lo sobrenatural*. Cree en los milagros que narra el Evangelio; mas, cuanto á los demás, no los admite fácilmente. La multitud de hechos maravillosos que se refieren en la vida de los Santos le parece más propia para hacer bambolear la fe que para sostenerla. Si escribe historia, prescinde cuanto puede de lo maravilloso. Si narra la vida de los Santos, deja á menudo entre sombras ó interpreta de un modo natural las visiones y revelaciones, los milagros y las profecias.

5.º *Todavía tiene menos simpatias por los milagros nuevos*. Quien le oyera creería que ha perdido Dios su poder, ó, si lo tiene todavía, que no se digna ya servirse de él en favor de sus humildes siervos, ó que el mundo es demasiado razonable para que pruebe Dios de moverle con prodigios. Rechaza las apariciones de la Virgen que en nuestra época tanto han conmovido las almas; hasta después del fallo de los obispos y la aprobacion de la Santa Sede, se mantiene, dice, «en una prudente reserva.»

6.º *Le gustan poco las grandes manifestaciones de*

(1) Joan. vi, 69.

la fe. Las romerías, ciertas fiestas populares, provocan sus censuras. Halla en ellas mucho entusiasmo y pasión, poca devoción, y menos razón todavía.

7.º *Las devociones populares le son asaz indiferentes.* Aun aquellas que están en boga en la Iglesia, y que la práctica de los siglos cristianos ha consagrado, le parecen buenas á lo más para niños ó mujeres ignorantes. Cuanto la piedad tiene de tierno, ingenuo y expresivo, le parece sospechoso. Desde las alturas de su razón nunca baja á dar culto á las imágenes y á las sagradas reliquias.

8.º *Su trato tiende á disminuir la fe.* Perpetuamente falsos puntos de vista, apreciaciones inexactas, censuras ó alabanzas indiscretas. Aun aquellos semiliberales que tienen fama de devotos, parecen incapaces de hablar con lenguaje francamente católico. Oid á ese católico liberal al levantarse de la sagrada Mesa. Quizás habla con una especie de entusiasmo de la fe cristiana y de la Iglesia católica. Mas poco á poco sentís en vos mismo cierto malestar. ¿En qué se equivoca? Quizás no podréis decirlo todavía. Sin embargo, cierta impresión que sentís os advierte que, en lugar de un hijo humilde y sumiso de la Iglesia, teneis delante á un hombre lleno de un espíritu singular y con ideas incompletas acerca de las cosas de Dios. Los discursos y libros de los semiliberales, á menudo seductores por la forma, ocultan en el fondo cierto enflaquecimiento de las verdades que se pega á los demás y disminuye la fe. Hay necesidad de salirse de aquella atmósfera malsana é irse á respirar el aire libre, el aire puro de la doctrina católica.

9.º *El semiliberal conoce y ama todavía á Jesucristo; pero este conocimiento y este amor no imperan en toda su vida.* Concede á Jesucristo momentos reglamentarios; pero «no es Cristo su vivir.» Piensa en Él de vez en

cuando; pero «su nombre no es óleo derramado que embalsama todos sus actos.» Le consagra algunos instantes de la vida; pero todo lo restante se sustrae á su influencia. Le gusta tributar sus homenajes á Jesucristo; pero á escondidas. Habla de Jesucristo; pero en el hogar doméstico: en la vida pública su lenguaje y sus actos son los de un racionalista. Quizás hasta en el hogar doméstico teme pronunciar su nombre. y se contenta con hablar con Él cuando reza. Aun ocupa un lugar en su alma Jesucristo, pero un lugar reducido. No es el dueño de la casa, que entra libremente en todas partes, y que en todas da sus órdenes. Parecido á un rey confinado en un palacio, se le tributan honores todavía, pero ya no tiene el poder real. ¡Oh Jesús! ¿no sois nuestro Rey? Y ¿puede el cristiano llamarse vuestro «fiel» si no sujeta á vuestro imperio el alma con todos sus actos y potencias?

CAPÍTULO III.

Tercer carácter: Independencia y presunción de espíritu.

657. El tercer carácter general de los semiliberales, es la independencia de espíritu respecto de las decisiones y actos del Papa y de los obispos, y la pretensión de ilustrar y dirigir á la misma Iglesia.

Artículo I.—*Docilidad del verdadero fiel.*

658. El verdadero católico cree como dogma revelado todo aquello que como tal tiene ó define la Iglesia; abraza como verdad cierta todo aquello que como cierto proponen los Papas y los doctores ortodoxos. Empero no le basta esto á su filial docilidad. Siéntese inclinado á abrazar todas las opiniones que favorece ó recomien-

da la santa Iglesia romana; procura seguir humildemente todas las reglas doctrinales de la Santa Sede; y acepta gustoso cuanto han enseñado los más sabios y piadosos doctores. Desconfiado de su propio juicio, asaz indiferente á las disputas y opiniones de los hombres, no tiene otro deseo que adherir su flaca inteligencia al Verbo de Dios todo lo más estrechamente posible, á fin de nutrirla con el Pan de la verdad increada. Creer es su gozo en la presente vida, como ver será su dicha un día: ante las honduras de la palabra divina, lejos de experimentar desconfianzas ó temores, siente íntimos estremecimientos: le inundan delicias al pensar que es Dios tan grande que no le puede comprender, y se complace en abismar su razon ante Él en una adoracion que es todo amor. Las enseñanzas de la Iglesia son luminosas para él, porque tiene el espíritu y el corazón de la Iglesia: ve, juzga y siente como la Iglesia: «Cuanto parece bien al Espíritu Santo y á la Iglesia,» le parece bien á él, porque le domina el divino Espíritu que anima á la Iglesia; y, porque tiene el mismo Maestro que la Iglesia, ve, como Ella, en la luz cuanto Ella cree y cree él con Ella. En una palabra, porque tiene *el espíritu católico*, no hace ningun sacrificio difícil para pensar y creer como la Iglesia católica.

Artículo II.—Disposiciones contrarias de los semiliberales.

I. Indocilidad de los semiliberales.

659. Al contrario, el católico liberal se muestra indócil; se cuida poco de las reglas doctrinales de la Santa Sede; limita cuanto puede el campo de las verdades definidas; y siente cierto disgusto cada vez que sale una encíclica dogmática. La doctrina de la Iglesia es un yugo para él: ni se atreve á soltarlo ni á romperlo, pero procura aligerarlo. Las definiciones de los Papas y los Concilios le son odiosas como los barrotes de una cár-

cel: gustosamente aparta de ellas la vista. Las verdades reveladas son un molde que le oprime; sufre y se queja ¡ay! en cambio del sacrificio de las falsas libertades de su espíritu; no parece gozar de ninguna «de aquellas iluminaciones de la eminente ciencia de Cristo.» El católico liberal es un fiel indócil á quien molesta la enseñanza de la Iglesia, porque disminuye la libertad de abrazar el error. Es un enfermo que pone mala cara á los remedios, porque le sacan de un delirio en que se recrea.

660. Mas, por indóciles que sean á las enseñanzas de la Iglesia los semiliberales, manifiéstanse todavía más independientes respecto de los actos de su gobierno. «No es difícil comprobar, decia un día Leon XIII, que entre los católicos, á causa sin duda de lo calamitoso de los tiempos, hay quienes, poco contentos de la condicion de súbditos que tienen en la Iglesia, creen poder tomar alguna parte en su gobierno, ó que piensan cuando menos que les es licito examinar y juzgar á su manera los actos de la autoridad (1).» Cuando la Iglesia manda ó dirige, son poco aficionados á obedecer. Diríase que no le reconocen el derecho de regular la conducta de los fieles tanto como su fe. Por lo menos pretenden ó parecen pretender que sólo vienen obligados á obedecer en aquellas materias ó en aquellos casos en que goza de infalibilidad.

Tambien hay pocos semiliberales que no crean saber mejor que la Iglesia qué medidas le conviene tomar, y qué conducta ha de seguir segun las diversas coyunturas. Los hay que se arrogan de vez en cuando el cargo de dar advertencias y reglas de conducta á los Papas y á los obispos. Hemos oído á muchos aconsejar al Papa

(1) Carta de S. S. Leon XIII al cardenal Guibert, 17 Junio 1885.

II. Pretension de dirigir á la Iglesia.

que se pusiera al frente de la revolución y procurase guiarla, en vez de obstinarse en combatirla.

«Pero el Papa compromete á la Iglesia intentando luchar con este príncipe. Irrita los ánimos con sus intempestivas Encíclicas. Para él el silencio sería de oro.» O así: «¿Por qué el Papa va tan allá en la conciliación? Turba á los católicos con sus acomodamientos con los disidentes ó con ciertos liberales.» Callaos, almas pequeñas: ¿sois acaso como el Papa, enseñados por el Espíritu Santo? El Papa ve desde las alturas: hombres confinados en un estrecho horizonte, tened humildad bastante á creer que no veis tan bien como el Vidente sentado en la montaña santa.

Hemos oído á semiliberales instar á los obispos á dar una educación más liberal á los jóvenes clérigos, á hacerlos tratables y moderados con la impiedad ó la indiferencia, acomodaticios y de buen humor con todo el mundo, más bien que á hacer de ellos hombres austeros y evangélicos, hombres de penitencia y oración; y á hacerles apreciar y estudiar las ciencias humanas, las bellas artes y la agricultura, y hasta el comercio tanto como el dogma y la moral. Hemos oído á semiliberales aconsejar á los sacerdotes que no insistieran demasiado sobre los misterios de la fe, y que demostraran las verdades católicas con razones mejor que con textos de la Escritura; que se declararan á menudo amigos de la libertad é igualdad, y partidarios del progreso, la ciencia y las ideas modernas. Vendrán otros á aconsejar á los fieles que tengan «una fe razonable» descartada de «practicuillas y devocioncillas,» una religión «sólida é ilustrada;» que se dirijan más á Dios mismo y se den menos al culto de la Santísima Virgen y de los Santos; que honren á la persona de Jesucristo sin fijarse tanto en su sagrado Corazón; que rueguen por las almas del purgatorio, sin bajar á «aquellas prácticas que tienen con-

cedidas indulgencias.» En una palabra, el semiliberal, en materia de religión, tiene consejos para todos y respecto de todo: si se quisieran aceptar dócilmente, todo iría bien para la Religión; pero todo va mal porque no se le escucha.

661. Los católicos liberales han llegado á veces hasta probar de hacer presión al Papa y á los obispos provocando manifestaciones de la opinión pública. Se los ha visto suscitar ante un público incompetente cuestiones que debían quedar reservadas para el tribunal de la Iglesia; con artículos de diarios, con folletos y libros han agitado á todas las clases de la sociedad, y han procurado crear una opinión pública que impusiera á la Iglesia sus decisiones. Se hubiera dicho que, para prevenir sentencias que temían, ó alcanzar concesiones que deseaban, querían sustraer á la Iglesia de la dirección del Espíritu Santo, y sujetarla á la presión tumultuosa de las muchedumbres.

662. Empero la falta de sumisión de los semiliberales, su pretensión de dirigir ó dar consejos á la Iglesia, tienen su origen en un apego desordenado á su propio juicio. El católico puro otorga firme adhesión á todo cuanto la Iglesia le propone como de fe ó como cierto. Tocante á sus opiniones, si las tiene, poco se apega á ellas, pues sabe que la humana inteligencia toma fácilmente la apariencia de la verdad por la misma verdad. Así que no le da pena sacrificar una opinión á la enseñanza de la Iglesia.

El semiliberal, al contrario, se hace casi dogmas de sus opiniones; enteramente penetrado de la independencia y autoridad de su razón, poco le falta que no se apegue tan fuertemente á ellas como á los artículos de la fe. De ahí su deseo de hacerlas predominar en las decisiones de la Iglesia; de ahí su pena en abandonarlas ante las definiciones de los Concilios y de los Pontífices.

III. Causa
de este espiri-
tu.

El hereje está más apegado á sus opiniones que á cualquier verdad, y rechaza los dogmas definidos antes que sus propios sentimientos. El semiliberal da, á lo menos casi siempre, la preferencia á las verdades definidas; pero conserva un apego muy fuerte á sus opiniones, hasta el punto de no poder deshacerse de ellas sin violento esfuerzo y con extremada repugnancia. Cuando una decision dogmática viene á contradecir su opinion, siente desconfianzas de la infalibilidad de la Iglesia, y tiene horribles tentaciones de dudar de Ella. Con todo, se decide, generalmente cuando menos, á humillar su razon ante la autoridad de la Iglesia; pero al hacer esto siente los terrores y angustias de un grande y doloroso sacrificio.

No tiene *espíritu herético*, pues pone la autoridad de la Iglesia sobre la de su razon; pero se le aproxima: porque, si no pone en una misma línea las opiniones de su razon y las decisiones de la Iglesia, encuentra que hay una distancia asaz pequeña entre unas y otras para creer que es de gran mérito la preferencia que da á éstas respecto de aquéllas.

Acerca de este punto, como de todos los demás, el semiliberal se mantiene, pues, en un término medio entre el católico puro y el racionalista. No tiene la fe sencilla del fiel, no tiene el orgullo del rebelde; participa de una y otro: demasiado apegado á su propio sentir para merecer figurar entre los verdaderos católicos, demasiado apegado á la fe para ser contado en las filas de los racionalistas; católico imperfecto y racionalista incompleto, quiere ser de la Ciudad de Jesucristo, sin salirse con un sincero anatema de la Ciudad del Príncipe del mundo.

DIVISION SEGUNDA.

FORMAS PRINCIPALES DEL SEMIRACIONALISMO Ó SEMILIBERALISMO.

PRELIMINARES.

663. Después de haber indicado los caracteres comunes de los semiracionalistas ó semiliberales, vamos á pasar revista á las principales formas de su doctrina. Muy complicada es la tarea: hay tantos pareceres como semiliberales; las formas son tan numerosas como los espíritus: *quot capita, tot sensus*. Entre el católico puro que se halla en el punto más alto de la escala, y el racionalista puro que está en el inferior, hay semiliberales en todos los grados intermedios. Ciertos semiracionalistas no se distinguen de los racionalistas sino por una vaga profesion de cristianismo; otros no se diferencian de los católicos más que por unos matices; y los demás juntan en las más diversas proporciones las doctrinas de la fe con las del racionalismo. Hay cierto número que sólo por un abuso de lenguaje pueden conservar el nombre de católicos; otros sólo debieran sacrificar algunas opiniones sospechosas para no merecer ya el de liberales. En general, todos los semiliberales tienen algun derecho, pero cada cual derechos desiguales, á los calificativos de católicos y liberales.

Entre el blanco puro y el negro puro hay millares de tintas, muy diferentes unas de otras si se comparan las

1.º Multiplidad de los sistemas liberales.